Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 10

San José, Costa Rica 1926 Lunes 8 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

En el Plano Búdhico

A Lelia Martin (San José de Costa Rica). *Buena, dulce y graciosa.*



En el Plano Búdhico o Espiritual, el hombre vive a un tiempo en su forma y en la de las otras criaturas. «Mi Hermano el Viento», dice San Francisco, identificándose con el Aire; «mi hermanita el Agua, mi hermano el Fuego». (Mucho más fácil y sencillo es unificarse con el Lobo, y aún con el Viento y la Lluvia, que no con el hombre...)

En el Plano Búdhico, no hay odio, ni orgullo, ni codicia, ni menosprecio, ni sentimiento alguno de separación. El hombre de este Plano, piensa, siente, imagina que *él es los demás y los demás son él. Tat Twan-Assi: Yo soy Ese.* Yo soy ése que me calumnia, yo soy ése que me injuria. Ese que me roba, ése que me oprime, ése que me engaña, ése que me traiciona, ése que me escarnece o insulta, *soy yo.*

La ilusión de la Forma, nos hace aparecer distintos; en realidad *somos uno,* el mismo. De consiguiente, el error y el pecado de cualquiera, aun cuando el daño inmediato recaiga sobre mí, son mi propio error y mi propio pecado, y lo único que se impone, es alumbrarle, es decir, *alumbrarme.*

En el Plano Búdhico se asciende, desde el amor limitadísimo de la madre que *sólo* ama a su hijo, del hijo que *sólo* ama a su madre, hasta Jesús que ama a todos los hombres; hasta Shidartha, que ama a todos los animales y a las plantas; hasta Francisco de Asís, que ama al Viento, al Agua y al Fuego; hasta Mahatma Gandhi, que sirve y ayuda a los mismos que le encarcelan y le hieren. Este amor, es meramente espiritual, y es intenso, perenne, pleno, en el discípulo que ya alcanzó su total desarrollo. Lo que se llama *fraternidad,* no es sino un grado inferior de la vida budhística; pues los hermanos, a veces, riñen, se separan, y llegan hasta a odiarse, mientras que el boditsava no puede odiar, porque *se odiaría a sí mismo.*

* *

La Vida en el Plano Búdhico, es el Principio de la *Espiritualidad,* actuando de manera predominante. De los siete principios que constituyen el hombre: Materia, Forma, Vitalidad, Animalidad, Mentalidad, Espiritualidad y Divinidad, los cuatro primeros han quedado atrás, relegados a funciones secundarias, y sólo en la medida indispensable para la conservación del ser. Algunas de esas funciones se han convertido en instintivas, y otras, de naturaleza mental, que fueron principales, son ahora de orden inferior. Así, el razonamiento ha sido en mucho sustituido por la intuición, y el Deseo se ha cambiado en amor. La ciencia ha cedido el lugar a la Sabiduría; las verdades a la *Verdad.* Para el hombre búdhico, el saber no tiene atractivos sino en lo que ofrece de universal y cordial.

La Espiritualidad, es la Conciencia de la Unidad, dice Miss Annie Bessant. Así es que no se trata ni del amor anímico, ni del conocimiento de las verdades científicas, por altas que sean, sino únicamente, del sentimiento vivo, perenne, de que *somos uno* con las demás criaturas; de que su error es nuestro error, su ascención nuestra ascención, su ventura nuestra ventura.

* *

El Principio Búdhico empieza a manifestarse visiblemente desde en las plantas: la encina que consiente en que arraiguen y vivan en su corteza las parásitas, comienza ya su evolución hacia la vida budhística, o cristiana. Realizar en nosotros el Cristo latente, o Budha, es trasportarnos definitivamente al Plano de la Vida Espiritual. El discípulo, o aspirante a esa vida, gozará con el goce de toda criatura, como sufrirá con su pena. La alegría del pájaro que canta; la serenidad de la nube que vaga en los aires; la claridad del alba; el regocijo de la golondrina; el éxito o el triunfo lícito de cualquier hombre, son suyos; como son también suyos la tristeza, el dolor, la vergüenza y el mal de todo hombre, y los sufrimientos de cualquier animal o planta. Cuando Jesús, en presencia de la Mujer Adúltera, que aguarda de sus labios la sentencia, calla melancólico y responde, al cabo, «que arroje la primera piedra el que esté sin culpa», se reconoce él mismo culpado en la falta de aquella desgraciada.

Porque tal es la unión íntima y oculta de todos los seres, que nada existe en uno de ellos que sea sólo de él; en la historia recóndita de cada uno, se encuentra la colaboración de todos. Sobre el pantano que infesta una comarca, pasan todos los vientos, y llega un instante en que la Atmósfera entera se impregnó de sus miasmas. Pero también, no se hubiera formado el pantano si los vientos hubieran acudido rápidamente, y hubieran desecado, evaporándola, el agua represa que se trocaba en miasmas.

Esa complicidad o participación, es ignorada por el hombre que vive en los planos inferiores: éste, no sólo no acepta ninguna responsabilidad en el error y el dolor ajenos, sino que propende a culpar a los otros de toda tristeza y mal que a él le acongojen,

negándoles toda influencia y mérito en las dichas de que él disfrute. «Lo que padeces, es tu culpa; lo que sufro, lo has hecho tú; lo que gozo es obra sólo mía, que me arrebatarías si pudieras». He aquí el oscuro pensar del egoísmo extremo, el cual se complementa con ese negro sentimiento, miasma del alma, que se llama envidia: *dolor del bien ajeno.*

* *

«La ley de la Forma es *tomar.* La ley de la Vida es *dar*».

Así expresa, con admirable sencillez, Miss Annie Bessant, las características de la existencia en el *yo,* y en el *Todo.* La Forma, que es la fuerza que rige los Planos inferiores, tiende siempre a coger para sí cuanto puede apropiarse del Universo. El hombre, en esos planos, es un usurpador, un devorador. Nada le alcanza, nada le llena, con nada se siente colmado. «No se cansa el ojo de ver, ni el oído de oir», dice el Eclesiastés. Gula, Avaricia, Lujuria y Soberbia, son los tentáculos del Pulpo que ansía abarcar y encerrar el mundo entre sus brazos, para sorbérselo y hundirlo en su vientre insaciable. ¿Con qué podrá llenarse al hombre? ¿Qué manjares bastarán al afán de su paladar? ¿Qué riquezas extinguirán su hambre de atesorar? ¿Qué reino o imperio bastarán a su locura de dominar? ¿Qué voluptuosidad aplacará su fiebre de gozar? Un buitre, que desde el alba se despierta hasta que la noche desciende, traga y engulle sin descanso, sin que un momento se sienta ya sin hambre, no dará idea del hombre afanado en gozar, en atesorar, en comer y beber, en hacerse poderoso, en ocupar con su fama la atención del Mundo. Ese que ya tiene una casa, necesitará luego las casas todas del país. Ese que se afana en poseer tierras, y que ahora suspira por una manzana para plantar un huerto, luego no hallará que es bastante, cuando todo el terreno de la región le pertenezca; cuando compre los llanos, ansiará los montes; cuando tenga ya toda la tierra fértil, querrá también la estéril. Ya es rey ese hombre que buscaba el poder, ahora necesita ser emperador; ya manda en los pueblos civilizados, ahora se aflige porque no impera sobre los salvajes; sus dominios siempre le parecen estrechos. Y cuanto a su lujuria, una vez el hombre comience, no le satisfarán las setecientas mancebas de Salomón, y convertirá en harém a todas las mujeres de la tierra.

Esa es el ansia de la Forma: tomar, apropiarse, usurpar, absorber. Para calmar esa sed, el hombre derrama sangre, oprime, destroza, roba, engaña, seduce, traiciona, usurpa, hunde a los demás en la miseria, siembra por todas partes el espanto, la tristeza y la ruina.

* *

Mas la ley de la Vida, es *dar.* Esta no es ya el Abismo que se tragará todas las aguas del Cielo, sino el manantial que día y noche mana frescor y transparencias para recreo y fortaleza de todos los que a él se alleguen. Esta es la rosa, que se esparce en fragancias; el viento, que se esparce en susurros; la aurora, que se esparce en celajes; la lluvia, que se esparce en limpiezas y en fecundaciones.

¡Oh cigarra, que cantas todo el día, y te nutres de aire y de luz! ¡Oh mariposa, que apenas te alimentas, y que diste la vida larga y devoradora de la oruga, por el breve y luminoso vivir de las alas, para ir de flor en flor, aprendiendo belleza con qué recrear los ojos de los hombres! ¡Oh hermana de la Caridad, que a cambio de un sayal triste y rudo, das consuelo, alivio y salud a cuantos llegan en busca de tu amparo! ¡Oh misionero que te vas del hogar, del reposo, de la ventura, para ir entre salvajes, a que te crucifiquen, en cambio de la luz que les llevas! ¡Oh tú, árbol u hombre, piedra o nube, que aprendiste a dar y no pedir; que das a torrentes, y te alimentas con un sorbo; que, como el buen grano, vuelves ciento por uno, y como la mostaza de que habló Jesús, truecas en ancha fronda la que fué semilla diminuta! ¡Oh vosotras, todas, criaturas sencillas que enriquecéis la vida, hijos del Sol, que dais la palabra, el canto, el abrigo, el techo, el consuelo y la luz y el pan, y para vosotros tomáis apenas el grano que se desprendió de la espiga, y el agua que se depositó en el hueco de la piedra... bienaventurados sois vosotros, sal de la tierra y luz del mundo, y bendita vuestra pobreza voluntaria, que se tornó riqueza espiritual, para gloria de Dios y ventura del hombre!

* *

Dar, he aquí la ley de la *Vida, Vida* quiere decir esa expansión del Yo, en que el hombre se siente ya vivir en todas las criaturas. Esa expansión comienza a manifestarse ampliamente y con fuerza, en el Plano de la Mente Superior, cuando el hombre, ya muy desprendido de sí mismo, se extasía en la comprensión y contemplación del Universo: en su orden total; en su movimiento armonioso; en su justicia misericordiosa; en su belleza profunda; en su sencillez suprema; en su verdad sin sombras. Este es Arquímedes, este es Homero; estos son Pitágoras, Sócrates, Platón y Esquilo; estos, Newton y Galileo, Keplero y Flammarión; Shakespeare y Goethe, Lucrecio y Leonardo, Lavoisier y Beethoven; los grandes sabios, los grandes poetas, los grandes matemáticos, los grandes músicos: *todos los que oyeron y vieron,* no para adueñarse, sino para admirar; no para envanecerse sino para esparcir; no para enseñorearse, sino para ser cristales clarísimos, a través de los cuales, los humildes pudieran contemplar...

De ese Plano de la Mente abstracta, donde el hombre es un contemplador, uno que ve y no toma; uno que admira y no usurpa; uno que comprende y hace comprender, se asciende al Plano Búdhico, donde el instinto de separación se cambia en voluntad de unificación; donde *yo* no soy yo, sino *tú, él, ellos;* donde el que tiene luz, se siente *uno* con el que es aún oscuridad; donde el que adquirió alas, se siente *uno* con el que sólo tiene membranas, o todavía rastrea con escamas.

Ahí se viven todas las vidas: se está aquí y ahí, se es la mañana y el anochecer, el barro y el cristal, el topo y la golondrina, la herida y el bálsamo, el pecado y la redención.

Ahí se está en el umbral del Nirvana. Ahí se adora desde fuera del templo... Mas, entre tanto, *ahí se vive en paz...*

Tal es el Reino Espiritual.

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, El Salvador
3-4 de noviembre de 1925.

Querido Joaquín:

¿Me da hospedaje en el REPERTORIO para ese trabajito que va dedicado a su simpática y amable paisanita Lelia?

Un abrazo.

ALBERT

Dos palabras: Lo invitamos, lector amigo, a leerse *El Ensayo Sobre el Destino,* de Masferrer, en la elegante edición del CONVIVIO. Precio del ejemplar: ₡ 1.50. Para el exterior 50 oro. am.

Me acojo a Cervantes con renovado placer. Es para mí como un río continuo, ancho, caudaloso, pródigo. Fluyen sus pensamientos sin premura, sin mezquindad y sin artificio. Brotan de la magnífica fuente de su personalidad y van seguros de sí mismos, camino de los tiempos. Como él, sus personajes son también ricos de pensamientos, ingeniosos, locuaces. Entran y salen por las páginas del *Quijote* o las *Novelas ejemplares*, jamás egoístas, jamás avarientos de su mensaje. Platican, razonan, hilvanan decires sabrosos y malos versos, lloran sus desventuras sociablemente, humanamente. El misántropo, el egoísta no pudieron nacer de esas entrañas que se regocijaron por igual con los donaires y desvergüenzas de Sancho que con los razonamientos sutiles de don Alonso Quijano.

Buscando ese deleite hondo, he vuelto a leer en estos días sus *Novelas ejemplares*, *La gitanilla* y *La ilustre fregona*, dos hermanas gemelas. No, no intento hacer su crítica; pero mientras mi ser se hundía con renovado placer en las ondas de ese río continuo, ancho, caudaloso y pródigo, mientras admiraba la gentil desenvoltura de Preciosilla y la recatada modestia de Constanza, no podía menos de comparar esos tipos de feminidad del siglo XVI con las mujeres de fines del XIX y principios del XX. ¡Cuánta y cuánta mudanza! Es tan notoria y significativa la diferencia, que merece que nos detengamos a meditar en ella un momento.

Cervantes trazó con especial amor las figuras de su preciosa gitanilla y de su linda fregona. Las adornó de todas las virtudes que pudieran hacer resaltar sus gracias, aunque estuvieran encuadradas en tan ruines marcos como el aduar bohemio y la posada del Sevillaño.

«Salió la tal Preciosa—dice Cervantes,—la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama». «Aunque pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro que a grandes cosas me lleva—nos explica ella misma». — A mí, ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas, y, aunque de quince años (que, según la cuenta de mi abuela, por este San Miguel los haré), soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia».

Y Constanza, la bellísima fregona, ¿no es de ella de quien se dice que

La lámpara y el espejo

=*El Sol*, Madrid=



«tal es su honestidad y su recato que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura?» «Estoy enamorado—declara Tomás—del más hermoso rostro que pudo formar naturaleza y de la más incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Constanza se llama...»

Por cierto que las dos novelas no se reducen a gentiles discursos. Constanza y Preciosilla actúan, reaccionan ante los problemas y dificultades que la vida les propone, y es aquí, precisamente, en esta reacción, en donde se advierte la distancia que va de ellas a sus congéneres de hoy. Mientras Preciosa se considera una libre gitana, razona, opina, ordena, dispone de su suerte, ejerce su voluntad, dentro de los límites del recogimiento y de la honesta discreción; mas, en cuanto se descubre su familia e ingresa al orden social establecido, ella hace como Constanza y como toda mujer de bien: renuncia a tener una voluntad. Abdica con toda llaneza, sin hacer aspavientos, sin pensar, ni menos dejar entrever que tal abdicación puede importar un sacrificio. La suprema virtud famenina era la sumisión. Constanza y Preciosilla son ideales para el autor del siglo XVI que las concibió, porque son idealmente sumisas, porque todo, aun sus sentimientos más profundos, están subordinados a la ley que ordena la obediencia absoluta.

Esta negación de la voluntad no es sólo virtud castiza. Contemporánea de Constanza es Porcia, la shakespereana, la heroína de *El mercader de Venecia*, y ella, hábil hasta para salvar de las redes del judío la vida del noble veneciano, ella también sabe que la sumisión es la ley. «¡Ay de mí; la palabra «escoger!» No he de escoger al que ame ni rehusar al que me desagrade, que la voluntad de una hija viva está subordinada a la voluntad de un padre difunto...»

¡Cuán distinto lenguaje hablan los protagonistas de los dramas modernos! Nora, la de Ibsen, la de *Casa de muñecas*, ¿por qué deserta de su hogar y abandona a su marido y a sus hijos? Para tener voluntad, para ser dueña de su vida, para asumir la responsabilidad de su conciencia humana. Llena está la literatura contemporánea de esta clase de heroínas que reflejan un aspecto inquietante y trágico de nuestra feminidad de hoy. Ser o no ser. Tener una voluntad o renunciar a ella. Ese es el problema. La tragedia es ésa cuando en contra de la indecisa, ineducada, indefensa y débil voluntad femenina se alzan la ley, las costumbres, las tradiciones, la familia y hasta el amor de los propios. No hay posibilidad de términos medios. Para Nora, para *La espósa de sir Isaac Harman*, de H. G. Wells, la novela que mejor estudia el caso de la voluntad femenina que se despierta y lucha, no hay otro camino que la rebelión abierta con su cortejo de dolores, inquietudes y acaso de miseria o la sumisión absoluta, que es la paz material.

Pedir la responsabilidad de la propia vida es aspirar al ejercicio de ese atributo humano por excelencia: la voluntad. Es querer expresar ese algo impalpable, intangible y espiritual: el yo, en actos palpables y tangibles que responden a nuestros genuinos y naturales instintos, actos cuya realización nos procura, junto con el placer de la conquista sobre las cosas del mundo, el desarrollo de nuestras propias facultades que progresan a medida que se ejercitan, y cuyos resultados, buenos o malos, nos ha de proporcionar el caudal de experiencias que valorizará nuestra vida interior. En el fondo de todos los problemas feministas está ése: el ejercicio de la voluntad, que es el índice de la libertad humana, este ejercicio de la voluntad que las leyes y las costumbres le negaron en absoluto a las mujeres de los pasados siglos, en nombre de los más altos intereses de la familia y de la especie, ¿son, en realidad, contrarios a estos intereses? ¿Fueron la resultante de un modo de ser instintivo de la mujer, o nacieron acaso de un estado de cosas en que el hombre maliciosamente, arteramente, le negó facultades para aprovechar de una situación que iría a beneficiarlo a él, a él, que iba a ser así el dueño y señor omnipotente? Temas son éstos para prolijos estudios y meditaciones.

Si para esclarecerlos ocurriéramos a un sociólogo, de seguro que nos diría que el movimiento moderno de emancipación femenina no ha sido la obra de la voluntad ni del esfuerzo de las mujeres, que ha nacido de circunstancias especiales económicas, superiores a las voluntades de los grupos y de los individuos, fuerzas gregarias que han obligado a la mujer, sobre todo en las clases obrera y media, a competir con la voluntad organizada del hombre en la arena real, o a cooperar y compartir con él las responsabilidades de la lucha por la vida y del mantenimiento difícil de una familia.

Si, con un tradicionalista, en cambio, discurriéramos sobre estos asuntos, a buen seguro que trataría de probarnos que este movimiento es fundamentalmente erróneo y pernicioso, porque debilita el poder de autoridad del jefe de la familia, sobre la cual se ha basado, como en sólida columna, el edificio social. Y si este tradicionalista tuviera ribetes románticos, lamentaría también el lento desaparecer de los antiguos tiempos en que las mujeres vivían sin inquietudes, abandonando a manos masculinas la suerte de su existencia y el cuidado de todos los problemas que constituyen el patrimonio inteligente de la raza. Y exclamaría tal vez, no sin relativo fundamento: ¿Para qué necesita voluntad la mujer? Para deponerla, como dice el poeta español:

Mi voluntad se ha muerto en una noche de luna,
en que era muy hermoso no pensar ni querer...

* *

¡Mujeres de Cervantes y de Shakespeare, mujeres del siglo XVI, frágiles y bellísimos espejos, en que la voluntad del hombre placía solazarse! ¿Habrá algo más halagador para la vanidad masculina que mirar su existencia reflejada en la de otro ser acaso más bello y más puro que el original, mirarse en un espejo que devuelve la figura mejorada y embellecida por el amor? ¿Y no parece también un instinto secular en la mujer ese de rendir su personalidad, siquiera por un momento, para ser el espejo de una ilusión fugitiva?

¡Mujeres de hoy, diminutas lámparas encendidas por las revoluciones sociales del siglo pasado, lámparas que queman trabajosamente el aceite de su voluntad para arrojar una llama incierta que vientos contrarios tratan de apagar!

¡Lámparas o espejos! Para bien o para mal, las cosas han cambiado desde los tiempos de Preciosilla y de Constanza. ¿Y querrá, o podrá, retornar a ser espejo la indecisa y diminuta lámpara de hoy?

AMANDA LABARCA HUBERTSON

Liceo N.° 5.
Santiago de Chile.

El nacionalismo en la América Latina

(*Concluye.* Véase la entrega pasada).

¿Cuál es entonces la liga más fuerte que a todos nos une, cuál es el rasgo predominante de ese agregado extensísimo de naciones y pueblos? Hay uno importante y que desde luego interesa al extranjero conocer: me refiero al idioma. En efecto, la fuerza de las circunstancias, la ley, el hábito, todo contribuye a imponer con mandato irrecusable, el uso del idioma español en veinte de nuestros pueblos y el portugués en el Brazil. El portugués y el español; dos lenguas romanoibéricas, fácilmente intercambiables y que sustituyen entre nosotros esa Babel de las distintas lenguas de Europa. En realidad, el conocimiento de una de estas dos lenguas es todo lo que se requiere para obtener ciudadanía espiritual en nuestras tierras. Un patriotismo lingüístico, tal será la fórmula postrera de nuestro nacionalismo iberoamericano. Una manera espiritual de patriotismo que está al alcance de todo el mundo y que significa para todo el que la logra, un poco más que la aquiescencia a una tradición local o que la obediencia a un imperativo de la costumbre o de la ley. Significa, más bien, la posesión de un vehículo mental, probado por los siglos, ilustrado por una gran literatura, simple y lógico en sus formas, claro en sus acentos y de léxico rico, tanto como el de cualquiera de las lenguas cultas. Acaso, después del inglés, el único idioma mundial, ya que lo hablan millones de hombres en las cuatro partes del mundo. Millones de hombres que fatalmente tendrán que juntarse, por lo menos en una especie de anfictionía de la cultura, como ya lo anuncian ciertas corrientes que empiezan a enlazar nuestras patrias inquietas con nuestros hermanos de habla y en parte, también de sangre, de las islas Filipinas y con esos otros lejanos parientes espirituales que se llaman los cefarditas o judíos españoles del cercano Oriente; rama estimable y fiel de nuestra familia lingüística que tendrá que perdonarnos, porque también nosotros sufrimos de las mismas manos inconscientes y duras: manos que han logrado destruir su propio Imperio, pero no la unidad de la raza, la unidad de la cultura emigradora y poderosa que reconoce por cuna la austera y ardiente planicie de Castilla.

El idioma español, es, pues, la médula de nuestra nacionalidad y el lazo de unión, el signo de inteligencia de cien patrias por todo el planeta. Más que una bandera, más que un territorio dado, el castellano es el emblema de nuestra universalidad y el verbo de nuestra misión colectiva. No cambiaremos esta lengua ni ante las amenazas de la espada ni delante de las seducciones de las mil sirenas del imperialismo extranjero.

Sin embargo, no vamos a levantar muros en un campo en el que todo ha de ser camino; defenderemos celosamente el idioma contra las amenazas de la perfidia o de la fuerza; pero no vamos a convertirlo en un nuevo ídolo intocable, en un tabú monstruoso que cierre el paso al progreso.

Todo lo contrario, nos mantendremos dispuestos a sacrificar, aún éste último refugio de nuestro nacionalismo, el día mismo en que los demás se decidan a hacer algo semejante y en que todos nos pongamos a desentrañar de las lenguas del día una manera de lenguaje más perfecto y univesal. Preevemos el día en que ha de constituirse una especie de Academia de la Lengua Internacional, una Academia que prestará al nuevo idioma del mundo, servicios parecidos a los que hoy desempeña la Academia Francesa para el francés o la Academia Española para el español. Dicho cuerpo tendría la misión de adoptar y legalizar el uso de ciertos términos que ya hoy son comunes a varias lenguas; impondría también un léxico uniforme para términos geográficos, científicos, históricos y eligiría y recomendaría para uso general aquellas maneras de expresión que en cada idioma tienen más analogía con otras lenguas parientes. Aprobaría e impondría un alfabeto común que, desde luego, haría desaparecer la terrible confusión de la escritura balkánica y otras semejantes. La lista de términos comunes, podría aumentar cada año. Los términos demasiado locales tenderían a desaparecer, lo mismo que aquellos que son, en el idioma local, una mera equivalencia del término más universal; por ejemplo, si ya muchas lenguas cultas están de acuerdo en llamar estación a las oficinas de parada del ferrocarril, no hay porqué mantener equivalentes locales como el *gare* de los franceses o el *depot* de ciertas regiones aisladas del habla inglesa. Cierto que tendrían que ser sacrificadas muchas voces venerables, hermosas, de cada lengua, pero esta pérdida deberá causar una especie de alegría, si se le mira como sacrificio consumado en aras de un patriotismo nuevo, de un patriotismo humano; pues cada palabra de las nuevas se nos aparecería, en cambio, como un signo misterioso que nos abre las almas de millones de hombres. Congresos periódicos de todas las lenguas vivas reunirían datos fecundos, redactarían síntesis claras, reglas y acuerdos que, en seguida, se tornarían obligatorias y todo esto junto con la creciente frecuencia y facilidad de las comunicaciones, llegaría a crear, no una lengua artificial y libresca, sino un verbo civilizado rico y viviente; el primer idioma civilizado de la historia. En realidad la Academia de la nueva lengua no

tendría que hacer otra cosa que, apresurarse a recoger los frutos de un trabajo que el instinto social, por sí sólo, ha estado realizando desde hace mucho tiempo. En efecto un nuevo idioma flota ya en torno y sólo hace falta cristalizar sus creaciones, canalizar sus giros, definir sus leyes, catalogar sus términos. Una vez comenzado a crear el nuevo lenguaje, quedaría pendiente la cuestión de propagarlo y darlo a conocer; pero los que saben el poder omnipotente de la escuela elemental, comprenderán sin esfuerzo que, si las resoluciones de la nueva Academia se convertían en materia de enseñanza obligatoria leal y patrióticamente adoptada, en muy pocos años, nos encontraríamos en un período de plena creación de una lengua, por medio de sistemas completamente naturales. De cualquier manera, la ciencia debería emprender la tarea, procurando, siquiera esta vez, colaborar con la vida; ya que comunmente se dedica a observar y anotar pasivamente los lentos e inconexos variantes de la realidad. La Academia de la Lengua Internacional deberá estar formada con lingüistas jóvenes y sabios y grandes viajeros y sus gastos deberán costearlos todas las naciones civilizadas. Las disposiciones de tal Academia tendrían que ser acatadas con ardiente beneplácito, ya que es una vergüenza que tantos miles de años hayan pasado sin que hayamos sido capaces, siquiera, de inventar un medio general de comunicación hablada y escrita. Y todos sacrificaríamos paso a paso nuestra lengua nativa; en holocausto voluntario y sublime del nuevo ideal entregaríamos la porción más pura y amable de nuestro patriotismo y de nuestro nacionalismo. La última pluma del penacho glorioso, pero vano, del nacionalismo se escaparía así, arerbatada por el hálito de la inteligencia y el amor de la humanidad. Después de todo, nadie perdería demasiado, puesto que todos los idiomas vivos, excepción hecha quizás del italiano, son bastante absurdos y feos, para el que no tiene el prejuicio innato de hallarlos hermosos y ninguno vale en realidad, ni una lágrima ni un suspiro. Si cometimos la torpeza de dejar perder lenguas tan trabajadas y bellas como el griego y el latín, no hay motivo para que alguien se duela ahora de la desaparición gradual de las lenguas bárbaras del día.

Pero volviendo a nuestro asunto, a las peculiaridades del sentimiento nacional en nuestra América, acaso me preguntaréis: ¿No es por ventura, o más bien por desventura, toda esta charla de derribar murallas y ensanchar horizontes, únicamente una fantasía de intelectuales, sin relación alguna con las realidades sociales y étnicas del nuevo continente? Es cierto que allá, como en todas partes, la masa es pesada para moverse y los hombes de cultura media se muestran egoístas, ciegos y escépticos; sin embargo, basta mirar nuestro mapa con atención para sentir que de aquellas vastísimas soledades emana una invocación a la humanidad; un anhelo de que aquella tierra sea poblada y organizada de otra manera, y ya no como antes. La inmensa belleza de aquellos paisajes, hizo que los conquistadores y los misioneros no se detuviesen en un sitio sino que constantemente avanzaran para extender el dominio humano sobre las cordilleras y los desiertos. Esa misma grandiosidad armoniosa de aquellos vastos sitios de elección, pone en las almas que allí se desenvuelven, no sé qué necesidad de ensanchamiento y de grandeza y un sentido de religiosidad artística, comparable al indostánico de las buenas épocas antiguas. Nuestra emoción particular tiene la ventaja de que es moderna y de que se está formando en una época en que el mundo ya no está limitado a las tradiciones y las capacidades de solo un pueblo. La civilización es ahora, por primera vez en la historia, un fenómeno realmente universal; no es inglesa, aunque los ingleses dominen materialmente el mundo; no es francesa, aunque los franceses extiendan su pensamiento a muchas naciones; no es alemana, no es italiana; no es ni siquiera europea porque hay muchas cosas fundamentales que Europa ha tenido que tomar de otras partes y todavía le quedan algunas que aprender. De suerte que por primera vez, puede hoy afirmarse que la civilización comienza a ser mundial. Y el sitio predestinado, el lugar insustituible para el desarrollo y ensanche y cristalización de esa mundialidad, está entre nuestras campiñas y nuestros bosques y nuestros mares. Nuestra alma nacional también responde a tan vasto destino, porque posee, más que otra alguna del globo, estos dos elementos que reunidos constituyen la mejor base para construir un futuro: una mentalidad completamente libre de prejuicios, de tradición o de casta y un sentido de belleza fino y profundo que si logra desenvolverse dentro de normas éticas y sociales, producirá el mayor florecimiento que han visto los siglos.

Sin embargo, la obra de allá es demasiado vasta, demasiado urgente y demasiado importante para que pueda tomarla a su cargo una sola raza. Nuestro continente no es un territorio reservado para los blancos, ni siquiera para los rojos y tampoco debe excluir a negros y asiáticos. Al contrario, para todos hay allí tarea y galardón. Estamos en vísperas del instante en que tendrán que juntarse dos grandes potencias creadoras; dos potencias que traerán una revolución benéfica al mundo; ellas son: los vastos recursos inexplotados de América y la técnica de la ingeniería europea que constantemente perfecciona sus métodos. Cuando las dos fuerzas hoy latentes se desenvuelvan y se junten, la humanidad conquistará un período de abundancia y de dicha durante el cual tendrá ocasión de revisar sus propósitos y de orientar sus problemas. La tarea que entonces se desarrolle, podrá ser una tarea salvadora de la civilización. Se deduce de todo esto, en consecuencia, que la creación de un gran Estado libre en la América de origen hispánico es una empresa que afecta a la humanidad entera y que por lo mismo, debe recibir el apoyo leal de todas las gentes. Porque aquella será una patria a la que nadie es extraño, cada alma libre del mundo debe recibir como ofensa propia, cada uno de los atropellos del Imperialismo contemporáneo contra nuestras débiles repúblicas. A los buenos ciudadanos de Norte América no los exceptúo de este deber de hacer respetar nuestras nacionalidades, por lo mismo que ellas representan un nacionalismo que tiende a destruir la esencia misma de los nacionalismos consolidados de nuestra época. Y en honor de la verdad ha de decirse que dentro de los mismos Estados Unidos hay muchos yanquis puros que nos ayudan en nuestra lucha contra el peligro de los nacionalismos capitalistas y conquistadores. Muchos son allá los que comprenden que la fuerza más poderosa que podemos oponer a los imperialismos contemporáneos es la unión de los oprimidos de todas las naciones, contra los fueros del privilegio, y de la sangre y los señoríos de la fuerza,

Quizás la más urgente necesidad de nuestro continente es poseer esa técnica—acaso el único aporte eficaz de los tiempos modernos—la técnica científica que ha de ponernos en condiciones de aprovechar nuestros recursos. Para este fin particular necesitamos de los europeos, como también necesitamos a los ingenieros y a los técnicos de Norteamérica. En lo que hace a la vida social y a la vida del espíritu, la América Latina ha comenzado ya a seguir su propia ruta; tiene derecho a su pensamiento, como vosotros lo tenéis al vuestro. Por fortuna esta autonomía no es causa de disensión. El pensamiento a nadie pertenece y sin embargo es un tesoro común. Tanto en filosofía, como en arte y en materia social, tomaremos ejemplos del mundo entero, de acuerdo con nuestro propio criterio y con el fin de construir mejor. Mandad, pues, a la América Latina vuestros artistas y vuestros pensadores, sus semillas fructificarán aunque los frutos tendrán que aparecer más o menos cambiados. Ya no es aquel un campo de ilimitado proselitismo. Si todavia nuestra capacidad de asimilación es grande, hemos comenzado a producir y a pensar por nuestra cuenta. Pero vosotros y todos los hombres contaréis con la ocasión de influir en el carácter de nuestras creaciones mentales. Enviad vuestro pensamiento, pero antes que otra cosa mandad a la América Latina vuestra técnica, vuestros ingenieros y vuestros constructores. Al principio, será menester que les prestéis apoyo desde Europa, en la forma de utensilios y maquinaria y pequeños préstamos, pero muy pronto y si no aparece la ruin intención de explotarse unos a otros, los frutos sobrepujarán a las promesas. Por otra parte, esta suerte de colaboración que os solicitamos no es sino un aspecto local del mismo gran anhelo

que en estos instantes conmueve al mundo. Casi hasta ayer, la organización social fué obra de la fuerza, del soldado o del Rey. Pero tal era bárbara, está siendo sustituida en todas partes por formas republicanas y más o menos socialistas de gobierno; ello obliga a sustituir al soldado por el hombre de ley, el abogado o el economista, es decir el gobierno del que legisla en vez del gobierno del que manda para hacerse obedecer; en vez de la voluntad del Señor o del Rey, el consenso de los ciudadanos. Pero ya es fácil advertir que este gobierno del hombre que piensa e impone la ley, aunque muy superior al gobierno del soldado y del Rey, tiene que ser rebasado ya que es un medio y no un fin. Su tarea es organizar el trabajo, la producción y la distribución sobre bases justas y en seguida tendrá que aparecer una nueva forma de gobierno que ya se ha manifestado ocasionalmente: el gobierno del ingeniero y del técnico. Todas las fuerzas del Estado se reconcentrarán entonces en la tarea de arrancar a la naturaleza sus tesoros y sus poderes. Sobrevendrá una era, no de industrialismo sino de industrialización, en la cual, los recursos naturales serán explotados en grande para beneficio de todas las gentes. Lo que el industrialismo ha hecho para beneficio de minorías privilegiadas, la industrialización técnica del Estado lo obtendrá en grande para beneficio común. Y precisamente es la América Latina la región del mundo la más a propósito para el desarrollo de este nuevo Estado de tipo industrializado y libre. Después, es claro, de la misma manera que el soldado es sustituido por el hombre de ley y el hombre de ley es sustituido por el técnico, vendrá el período del gobierno de los filósofos. La educación será entonces la tarea fundamental; ya no la producción, convertida en organismo en marcha, sino la tarea de cultivar y desevolver los espíritus. Pero el gobierno de los filósofos, si su misión no se corrompe, tendrá que llevarnos a otro grado todavía superior del progreso social, a la desaparión del Estado que también es medio y no fin; pues no hay otro fin que el individuo, la chispa divina, el Alma y Dios y todo lo demás es como paja y vanidad. Al desaparecer por innecesario el Estado, la última huella de la barbarie también se irá con él y las formas todas del nacionalismo serán cosa del pasado.

Tenemos, pues, cinco períodos en los procesos del gobierno, cinco tipos de gobernante: el soldado, el abogado, el ingeniero, el filósofo y el período que tendremos que llamar anarquista que propiamente es el definitivo. Pero nos hallamos en la actualidad, en la época en que todos los soldados deben ponerse a obedecer al hombre que hace las leyes y en la que todos, más o menos, debemos trabajar como ingenieros y como constructores. Hay tanto desperdicio, tanta incapacidad tanta necesidad sin satisfacción en el mundo contemporáneo que se hace indispensable que el período del ingeniero se anticipe y se adelante. Trabajo y producción es el lema salvador; pero trabajo y producción para beneficio de todos los que trabajan, sin distinción de clase ni de color. Todos los demás propósitos pueden esperar. Nuestra civilización será un fracaso mientras siga produciendo, como las especies inferiores, gentes y más gentes, pero sin medios de alimentarlas y educarlas. Cuidemos de que en la América nuestra no se recaiga en los mismos errores. Necesitamos emigración, pero sin olvidar que antes que muchos niños, necesitamos escuelas para los niños que ya han nacido. Una de las causas fundamentales de que la civilización no prospere, se encuentra en el hecho de que las poblaciones inferiores se reproducen con exceso y desbordan sobre las más avanzadas que naturalmente reducen su prole. Por eso la civilización sólo se sentirá garantizada así que la cultura y la verdadera moralidad, que supone la responsabilidad, se propaguen en todos los grupos. Mientras la civilización siga siendo en mayor o menor o menor grado un asunto nacional, no habrá esperanza de que ocurran cambios radicales en la historia del mundo. Las invasiones y las conquistas seguirán produciendo otros tantos medioevos; pues mientras halla nacionalismos habrá imperialismos y afán de conquistas; es decir, medioevalismo y barbarie. Al revés de todo esto, la civilización quiere decir universalidad, conciencia y fraternidad.

¿Cuál es nuestra parte, preguntaréis, por último, en toda esta vaga cuestión de los problemas de la América Latina? Vuestra parte puede ser tan importante como la mía o la de cualquiera otro que allá ejerza influencia. La América Latina es una tarea y la tarea pertenece a todo el que pone sobre ella una mano activa y generosa. He ahí por qué no somos extraños unos de otros. Yo vengo de lejos y os hablo en una lengua que no es la mía ni es tampoco la vuestra; una lengua que no domino, ni me ocuparía tampoco de llegarla a dominar, puesto que como todas las del día, representa tan sólo, una de las maneras imperfectas de expresión del pensamiento; pero nos ha servido para comunicarnos y esto obliga nuestra gratitud; aprendamos de ello hasta qué punto nos hallamos todos los hombres relacionados y unidos.

A causa de mi origen y nombre quizas he despertado lejanos recuerdos en vuestras mentes. Un mexicano tiene que haceros pensar en la historia de Maximiliano, el príncipe infortunado que allá pagó sus errores. Es cierto, nuestras instituciones, nuestras convicciones no nos permitieron, no nos permitirán jamás, así lo espero, recibir a un príncipe como Señor; pero siempre hemos estado dispuestos y seguiremos dispuestos a recibir a cada hombre como un hermano. Los súbditos de los Reyes quedan libres de su voto y sumisión en el instante en que pisan nuestras tierras; así lo dice la Constitución argentina en el extremo sur del continente y así lo confirma la Constitución mexicana en el norte. Procuremos que esta libertad sea efectiva. Desgraciadamente hay muchos esclavos en nuestras tierras; esclavos de situaciones económicas y políticas que sublevan. Pero vosotros podéis ayudarnos con vuestras luces en la cuestión social, con vuestra técnica y vuestra ciencia. Encontraréis por allá empleo para toda clase de facultades. Si queréis una situación estable y de potencialidades ilimitadas, id a la Argentina o al Brazil, a Colombia o a Cuba. Si amáis la fortuna un tanto incierta, preñada quizás de riesgos, pero rica de maravillosas perspectivas, id a mi México. La vida allí se parece a los vinos de la región del Vesubio, jugosos, ardientes y sin igual en el gusto, con algo del espíritu de la tierra inestable, amenazada y fecunda. Escoged vuestra ruta entre los mil caminos del más maravilloso de todas los continentes. Por donde quiera que vayáis encontraréis en obra dos fuerzas poderosas, dos potencias fascinantes y constructoras; el azar y la fe. Ninguna otra zona del mundo merece con más propiedad el título de país del futuro. Pero vosotros, así como nosotros todos, debemos contribuir a forjar ese futuro. Trabajemos en él, recordando que el presente es siempre el padre de lo que en seguida se vuelve pasado y también en una gran proporción de lo que será el porvenir. De nosotros puede nacer el mañana. Trabajemos juntos para lograr, por lo menos, que el futuro rinda sus mejores, sus más altos frutos.

JOSÉ VASCONCELOS
8, Eugene Delacroix. París.





¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

El *surmenage* y el tedio

El caso conmovedor del estudiante que se suicidó por haber perdido el curso tiene para mí una particular fuerza patética: la patética de la desproporción. El enamorado que asiste a la ruina de su ilusión, el hombre que se ve deshonrado por propia flaqueza o por conspiración de circunstancias hostiles, el rico que cae en la miseria, el enfermo víctima de dolores intolerables, obedecen, al abandonar voluntariamente la vida, a fuertes impulsos de inmolación. Es verdad que en el mundo todo, o casi todo, es vanidad. El enamorado olvidaría su desengaño, el deshonrado podría rehabilitarse con una existencia virtuosa y austera, el empobrecido conquistar con su industria otro vellocino de oro, y hasta el enfermo fiar en una curacion milagrosa. Mas no todos los hombres tienen bastante apego a la vida para resistir la consternación de estas catástrofes.

Perder un curso es tan poca cosa —digámoslo sin ánimo de desmoralizar a los estudiantes—que el sacrificio juvenil de una vida, en sus mejores momentos, cuando el velo de Maya tiene frescos sus gayos colores, entristece más por la futilidad del motivo. Se pierden cosas de mucha más importancia individual y colectiva; se pierden batallas, se desbaratan imperios, se pierde la confianza en los hombres y la fe en las doctrinas, se arruinan empresas florecientes, y los perdedores de estos bienes materiales y morales, que a veces no son sólo suyos, lejos de imitar el exagerado pundonor del estudiante, siguen viviendo tan campantes, y hay quien se injerta glándulas de mono para apurar los relieves del banquete de la vida. La estadística de los suicidios se multiplicaría en proporciones incalculables si todo el que pierde o fracasa en alguna empresa se aplicara la eliminación.

* *

Lo que hace para mí tan patético el caso del estudiante suicida no es sólo el espectáculo de una vida segada en flor, en la mejor de sus estaciones, sino el extremado sentimiento de la responsabilidad en una hora en que hay tan escasa conciencia de las responsabilidades.

Este suicidio al que aludo, sin inquirir circunstancias particulares, respetando el sagrado de la muerte y de la vida privada, y tomando tan sólo las líneas generales y públicas del suceso, hará pensar por una muy explicable asociación en el *surmenage* escolar. El *surmenage* y la severidad de la disciplina escolástica han producido suicidios de estudiantes en los países donde se exige a la juventud un esfuerzo intelectual abrumador. Mas no hay que añadir a las culpas de nuestra enseñanza una tan problemática como ésta.

En realidad, en nuestra enseñanza universitaria no existe *surmenage.* Podrá haberlo en algunas escuelas de ingenieros. En Institutos y Universidades hay probablemente exceso de asignaturas; los cursos resultan recargados, mas no tienen bastante intensidad para producir el *surmenage.* Los exámenes son, por lo general, poco rigurosos. El tipo antipático del profesor que le complacía en propóner enigmas a los alumnos para desconcertarlos, o en exigirles irracionales esfuerzos de retentiva va siendo cada vez más raro. La parte más selecta del profesorado comprende el escaso valor que tienen las pruebas de fin de curso, y en consonancia con esta apreciación las aplica una medida benévola. Unos por natural indulgencia de carácter, otros por una exacta comprensión de lo que vale el examen, los profesores no suelen asumir el papel desagradable de la Esfinge, pronta a devorar al infeliz estudiante que no acierte a resolver el acertijo.

* *

Sin embargo, la enseñanza no suele ser amable. Su mal no es el *surmenage,* sino el tedio. Clases demasiado numerosas que dificultan la colaboración entre el maestro y los discípulos; programas recargados que diseminan la atención en variedad de iniciaciones superficiales y no dejan espacio ni ocasión para ejercitar la investigación personal, con su tentadora voluptusiodad de la conquista del saber, textos de pobre contextura literaria y escasas cualidades didácticas, locales incómodos y desagradables, falta de sociabilidad corporativa, de vida de relación escolar, hacen que los años de la carrera sean para una gran parte de la juventud, una especie de cautividad en la galera de la ciencia, en vez de ser años de un alegre y entusiástico noviciado del saber.

Las dotes personales del profesor pueden poner en este medio hostil una sociabilidad estimulante y aun darle en cierta medida el agrado de un jardín de Academo. Todos los que hemos pasado por la Universidad recordamos el interés y el entusiasmo con que se seguían los cursos de D. Francisco Giner, de Menéndez Pelayo, de Azcárate, de Salmerón, y, sin el sortilegio de estos grandes nombres, los de otros profesores que no eran eminencias, mas poseían el don de la cátedra. Ni el saber, ni el celo profesional, ni las facultades de exposición por sí solas hacen al maestro. El magisterio, en cualquiera de sus grados, es un apostolado. Requiere una gracia especial de Minerva, que es en su raíz simpatía, entusiasmo, penetración y produce como sazonados frutos, la fórmula feliz de los conceptos, una como poesía o sonrisa de la ciencia. Para iniciar en cualquier género de misterios se necesita estar poseído del espíritu de los misterios y de la emoción que les es propia.

* *

Otra de las causas que contribuyen a hacer de los años escolares una servidumbre es el descuido en discernir y fomentar las vocaciones. Un joven sigue generalmente una carrera porque circunstancias de familia se la señalan como solución práctica. Nadie se ha cuidado de distinguir en él afinidades y aptitudes, aquella especial llamada de la vocación que una escuela bien organizada y una observación inteligente del niño pueden descubrir y estimular, pues la vocación necesita su mayéutica, y no siempre su primer brote es tan vigoroso que la revele de un modo inequívoco. Por no cultivar las vocaciones se pierde un verdadero tesoro de fuerzas intelectuales, se frustran entendimientos y actividades, y los años de la carrera son para el estudiante como un Argel en que siente opresa su juventud, o un período de forzados trabajos cual los siete años que Jacob tuvo que pastorear los ganados de Labán para ganar a Raquel, después de la semana de Lea.

E. Gómez de Baquero

(*El Sol,* Madrid).

María Eugenia

(Versión taquigráfica del discurso del doctor EMILIO FRUGONI *en la Universidad de Montivideo).*

Me sobrecoge la responsabilidad de poner fin a este acto en el que acabamos de escuchar voces tan elocuentes y conmovedoras. ¿Qué podría decir yo ahora que fuese digno de esas voces y de la inteligente atención de este auditorio? Sólo me queda dejar hablar sencillamente a mi corazón.

María Eugenia Vaz Ferreira se fué de la vida inesperadamente, sin que muchos de sus amigos pudiésemos acompañar sus restos hasta la tumba. ¡Triste destino el suyo! Siempre es gran desgracia morir joven cuando se ha nacido con dones de excepción que podrían aún deparar — el tiempo mediante — los mejores frutos de oro para las cosechas del espíritu. Y ese es el caso de María Eugenia. Murió en plena juventud; su barco encalló en las sombrías costas de la muerte cuando aún llevaba las velas ampliamente desplegadas, abiertas como alas al viento de la tarde, antes de la hora crepuscular en que los barqueros buscan el refugio de las ensenadas tranquilas y dejan caer lacias las lonas de los mástiles como brazos fatigados a lo largo del cuerpo... Antes de morir del todo, unos meses antes, la había apartado de nosotros esa ola siniestra que bate a intervalos el cerebro de ciertos elegidos procurando el instante de abandono o de cansancio que le permita arrebatar traidoramente un espíritu hacia los abismos de la inconsciencia, donde se disuelve y extingue la personalidad. Y eso es, sin duda, más triste todavía, si ha de ser irremediable y definitivo, que la misma muerte total. Pero no pensemos que ésta ha de ser saludada como una liberación o tolerada como una terminación prevista y hasta deseable, cuando lo que consideramos es la desaparición, en una u otra forma, de un bello espíritu, fecundo y fulgurante, y esa desaparición significa una desgracia muy grande para todos nosotros, porque empobrece nuestra vida y apaga un astro en nuestro firmamento.

En la historia literaria del Uruguay, María Eugenia Vaz Ferreira ocupa un sitio que no puede serle disputado por nadie. Es cronológicamente nuestra primera poetisa. Es la primera voz femenina que se alza en nuestro medio con un claro timbre del lirismo noble y puro, tan distinto del acento balbuciente y opaco de quienes hacen versos sin poesía. Antes que ella, otras mujeres hubo, muy pocas, que cantaron, pero sin conseguir poner en el coro de poetas de su tiempo, una nota saliente e inconfundible. Ella hizo oir por primera vez en la lírica nacional un hondo y desnudo grito de mujer, abriendo la senda por donde habrían de lanzarse con más audacia y más avasallador impulso instintivo, aunque no con más conciencia artística, otras jóvenes musas nacionales. Surgió cuando tras Zorrilla de San Martín y Roxlo, cuyo estro romántico, reaccionando sobre la chatura anterior, marca una época brillante de la poesía uruguaya, una nueva generación de poetas venía a renovar formas y ritmos. Hubo en esa generación quienes, rodeando la destacada figura de Herrera y Reissig, el mayor de todos en edad y potencia creadora, hicieron flamear en son de guerra los estandartes suntuosos del modernismo, adoptando la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Samain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos númenes que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Pegaso, Walkyria delicada y soberbia, hacía oir su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fué asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el deslumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza sin velos. Ella se atrevió a decir con estupenda exaltación lo que las poetisas habían callado hasta entonces. Ella realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales dichas de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciando esa tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra había de llevar a las más intensas expresiones con el arrebato erótico de su estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que ha-

(Pasa a la página 154).



María Eugenia Vaz Ferreira

Apunte original de CARLOS CASTELLANOS

Va, por último, un viejo número de Pegaso. *Cuando tenga espacio, dedíquelo a María Eugenia Vaz Ferreira, la sorprendente poetisa uruguaya: ahí van versos de ella y, entre otros homenajes, un discurso de Emilio Frugoni que me llama la atención porque, después de haber hablado con elogio pleno de María Eugenia y de Delmira Agustini, cuando parecía no quedarle nada qué decir sobre ninguna otra poetisa del Uruguay, halle frases maravillosas para Juana de Ibarbourou.*—PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA. (Fragmento de carta al Editor del *Rep. Am.)*



José Ortega y Gasset

La deshumanización del arte

Con este título acaba de publicar la casa editora que se ha constituído en España, en torno a la *Revista de Occidente*, el libro más próximo de Ortega y Gasset. El más próximo en el tiempo. El más próximo en el espíritu.

Nadie ignora la fuerza de convencimiento que hace de este escritor ilustre el voluntario de sus propias teorías. Tan convencido está, tanta seguridad ostenta que, por instinto, dudamos de él, como sucede cuando el amigo que discute con nosotros necesita apoyar las cláusulas de su discurso, con los puños cerrados, sobre la mesa. Sobre la mesa... o sobre la tribuna.

Hay en Ortega y Gasset un orador político que la severidad de la cátedra no ha logrado enfriar completamente. Su dialéctica, más temblorosa que la oración de Xenius, se tiñe a cada instante de esa misma desordenada humanidad que desearía desterrar ahora de la obra de arte. Su certidumbre daña, por impaciente, al pensador pero favorece al polemista y le consigue adeptos, al calor de esa simpatía que toda vehemencia despierta en la juventud.

No necesitó Ortega y Gasset venir a América para recoger en este suelo más cosechas de prosélitos que de discípulos. Los semanarios argentinos de última hora viven ya al margen de sus doctrinas. En México, en donde la inminencia del pensamiento se adivina en la sombra, los más jóvenes de los jóvenes buscan en las páginas de la *Revista de Occidente* con tenacidad larga. No quisiéramos decir que descubren ¿pero dejaremos de reconocer que hallan? Incapaces de preferir, reúnen las ideas más opuestas y encuentran espacio libre en sí mismos para juntar al desdén del siglo XIX, positivista y científico, la devoción por pensadores que, como Ortega y Gasset, tienen con él vínculos de la secuencia más inmediata.

Hombre del siglo XIX, lo es Ortega desde los más diversos puntos de vista. Si no lo demostrara ya la interpretación histórica que tiene siempre a mano para intentar la exégesis de los fenómenos que estudia, nos bastaría considerar la complacencia sin fingimiento con que la obra de Spengler lo retiene. Por sus propósitos panorámicos, por su carácter mismo de filosofía de la historia, esta obra es, en efecto, a guisa de un último peldaño en la escala del centenio anterior.

Un siglo no es para el espíritu una entidad hermética. El ochocientos no comenzó con Víctor Hugo, nacido en 1802, ni terminó con la generación española del 98. Siempre dejan las divisiones del tiempo una puerta abierta a la tradición. Las generaciones futuras necesitan una sola osadía: la de cerrarla.

El mayor peligro para los que juzgan con desdén al siglo XIX, está en no atreverse a saltar del resbaladizo terreno que ocupan al desierto de la edad desconocida, del que todos, más o menos, debemos estimarnos los pobladores inminentes. Intentan la revisión de los valores que una época les lega y no abandonan la herencia de sus ideas generales. Quisieran, sin salir de ella, prender fuego a la casa que habitan. La destrucción de las doctrinas que atacan es así, inexorablemente, causa de su propia desaparición.

Sería injusto conceder a *La Deshumanización del Arte* importancia original excesiva. Sería injusto por sus méritos, pero sería más injusto aún por sus defectos. No son las que expresa ideas nacidas de un solo brote, en el amanecer sin crítica de una explosión doctrinaria. Son, por el contrario, los apuntes que Ortega ha ido obteniendo como resultado de las observaciones emprendidas, con rara atención inteligente, a través de los diversos modos y temperaturas que el arte moderno ha instaurado en Europa. Y es así como en esta definición sin malevolencia de los propósitos de la obra, encontramos la limitación de su espíritu. *La Deshumanización del Arte* es un libro europeo, con datos europeos, escrito para europeos. Podrá esta circunstancia ser un mérito más para el que la escribe pero, de fijo, es un peligro para los jóvenes de América que no se atreven a soñar aún un arte propio, libre de herencias sentimentales y de esclavitudes ideológicas.

No hay sino un modo de comprobar el valor de una estética: el mérito de la obra de arte a la cual es susceptible de ser aplicada. ¿Cuáles son los productos de las inquietudes que Ortega ha reunido bajo el esquemático rubro de deshumanización? El mismo se confiesa vencido, aun antes de iniciar la indispensable crítica. ¡Temeroso ademán que nos explica, de un solo trazo, su entera actitud! El libro de Ortega y Gasset debe verse como una serie de notas —insuficientes por desgracia— para una sociología del arte en nuestra época. Su error (y, lo que es más grave, el error de los jóvenes sin preparación que creen haber encontrado en él, el paladín de su incapacidad creadora) es el de exponerse con ambiciosas apariencias de tratado y aun de contaminarse, en varios instantes del recorrido propio, con los defectos magistrales de una orientación más retórica que filosófica.

En uno de los párrafos tónicos de este ensayo, el mismo Ortega desnuda el secreto del arte que glosa, al exclamar: «*¿Bajo la máscara de amor al arte puro se esconde, pues, hartazgo del arte, odio del arte? ¿Es que fermenta en los pechos europeos un inconcebible rencor contra su propia esencia histórica?*» Hace bien en considerar prudente esta ocasión para levantar la pluma y dejar un vuelo de interrogaciones sin respuesta. Su calidad de hombre de Europa lo justifica. Pero ¿y América? ¿Por qué olvidar las posibilidades de arte nuevo, las reservas de ingenuidad que esconde nuestra América? ¿Y por qué es Ortega y Gasset quien lo olvida, él que se enorgullecía, al volver a España de su viaje por las tierras de Argentina, de que *en las páginas de* El Espectador *no se pusiera ya el sol?*

No tenemos rebeldías para España. A partir de las luchas de independencia hemos convenido en la estupidez que oculta todo propósito de segregación en el alma de la raza. Pero si España hace causa común con la decadencia de Europa no es ya obligación nuestra el seguirla en un declinar que la antigüedad heroica de su pueblo explica, pero que resultaría ilógico en el nuestro.

En el arte, como en la guerra, es imposible volver atrás. No intentaremos la restauración del arte tradicional, pero, más audaces si se puede, exigiremos al arte nuevo modalidades autóctonas y no postizas actitudes como las que ahora asume. Queremos un arte que ponga su primera depuración en abdicar de todo lo que Ortega califica de *vuelta del revés*, porque sabemos que la forma más peligrosa de ser absorbido por una influencia es la influencia por reacción.

¿Que no están de acuerdo las modernas producciones en que Ortega se informa con el realismo que privó en la segunda mitad del siglo XIX? Tampoco nosotros lo estamos y queremos

ir hacia un idealismo superior que no sea la dolorosa autopsia de la realidad pequeña que tortura las páginas más socavadas de un Proust o de un Joyce. ¿Que el intento más encomiable de estas manifestaciones del arte actual estriba en la *escrupulosa realización* de la obra comenzada? También nosotros la queremos pero no pensamos que esta escrupulosa realización esté reñida en modo alguno con el respeto al arte, con la trascendencia del arte.

¿Que, en el fondo, es un deseo de clasicismo el que esconde ese anhelo de depuración, de momificación de lo humano hasta el límite en que la silueta no es ya silueta viva sino descarnado esqueleto? No importa. También podemos pretender a un arte clásico sin que por ello sea necesario acudir a mayor deshumanización, único medio que se nos propone de alcanzar mayor inteligencia. No sólo no creemos que este procedimiento de deshumanización sea el único, sino que lo estimamos el menos interesante. *El placer estético emana*—dice Ortega y Gasset—*del triunfo sobre lo humano*. Ahora bien, la fuerza del vencedor exige, para demostrarse, antes que nada, la lucha. No hay victoria sin enemigo y no hay arte sin materia humana que estilizar. Alcanzar la pureza clásica por ausencia de humanidad es proclamar la conveniencia de luchar con fantasmas.

«*El genio*, dice André Gide—Ortega y Gasset no recusará la autoridad de este juicioso maestro al que las soluciones del pasado no convencen nunca por sí solas—el genio *tiene un gran cuidado: ser lo más humano que puede, Shakespeare, Goethe, Moliére, Tolstoi. Por un mecanismo admirable el que escapa a la humanidad sólo consigue ser extraño, defectuoso, raro* [1]».

Páginas más adelante, agrega: «*Para no haberse rehusado nada (o, como decía Nietzche, para no haber dicho no a nada) ¡cuánta riqueza debió Goethe adivinar en su interior!*» Tocamos aquí el punto vulnerable de las doctrinas nuevas. Se necesita, en efecto, padecer una profunda anemia artística para no poder digerir sino los materiales sutiles, el *minimum de humanidad* que Ortega exige a la obra de arte. Caracteriza a las épocas de decadencia esta necesidad de sustituir los alimentos más ricos, los espléndidos jugos de la salud por el insípido caldo de la convalecencia. Y no se nos diga a este propósito que citar a Goete, a Shakespeare, a Moliére sea atrever una mirada inconsolable al panorama de la tradición. No hay actividad humana — también el arte—que cambie de un golpe brusco y sin sentido. Podremos aceptar la muerte del arte, su desaparición. No aceptaremos nunca la existencia de un arte invertido, sin raíces, sin ramas—sólo flor y aroma.

Una circunstancia favorece la actitud de Ortega: buenas o malas, existen ya manifestaciones concretas de las tendencias que descubre, en las cuales no sólo se inserta gustoso él, sino que sitúa el criterio literario incidental de la *Revista de Occidente*. Lo que indica Ortega y Gasset, no es, pues, una profecía. No es siquiera una previsión. La materia de las conclusiones que formula está en libros, en estatuas, en cuadros. Lo cual no prueba el mérito intrínseco de estas obras pero sí el acierto que tuvo, en percibirlas, *El Espectador*.

Contra nuestra objeción está, en cambio, el vacío estético en que el mundo de hoy se agita. ¿Dónde existe esa obra eterna sin pasado, nueva sin decadencia, clásica sin deshumanización? En ninguna parte, hoy. Nuestras generaciones no la han hecho aún, o, para suprimir a estas cosas del espíritu lo que les concedía el romanticismo de caprichosa inspiración, nadie ha merecido aún hacerla entre nosotros. Ya algo apunta—aislados brotes—en América. Algunas páginas de Vasconcelos, algunas novelas breves de Eduardo Barrios, algunos poemas, más que algunos poemas algunos versos de Capdevila, de López Velarde son a guisa de precursores, bien modestos por cierto, del nuevo arte que esperamos de América.

¿Cuándo cuajarán estas promesas sin orden en la apretada almendra de la obra maestra? No lo sabemos. Estamos seguros, no obstante de que esto sucederá. Cuando suceda, siguiendo el ejemplo de los críticos de todas las épocas, los pensadores cambiarán los rumbos de su estrategia y en vez de obtener conclusiones amenazadoras, como las que Ortega obtiene al estudiar el arte inválido de hoy, edificarán con lentitud, es decir, con seguridad, el monumento de la estética futura.

JAIME TORRES BODET

Altamirano, 116. México, D. F. México.

1.—A. Gide, *Los Límites del Arte*, versión de J. Torres Bodet, *Cultura* México, 1920.

María Eugenia...

(*Viene de la página 152*).

bía sabido aliar, en algunas de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana—con algo de Heine y de Gœthe—a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Ella cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Prando.

Nadie, tampoco, ha dado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El Dr. Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular *Fuego y mármol* su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las aflojó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía—eso es—por la elevación de los temas—el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y la Muerte—y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arrancándole sones graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la muerte en una onda de sugestiones infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, augustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mausoleos. Recordemos sus cantos a la noche, y sobre todo este:

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche!, yo tendría
una palma futura, desplegada
sobre el gran Desierto!
si tú me das por una sola noche
tu corazón de terciopelo negro.
Y yo, al compás de su morena sangre.
canto con las ondas beatas el sacro silencio.

Mi canto será vivo
sólo por el deseo
de serenar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
sin el fulgor de luminosos astros,
sin marinos clamores,
y sin la voz que finge
en los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh, dulce noche mía! ¡oh, dulce noche!
Aunque el glorioso pájaro del alba
rompa después mi lapidario ensueño,
y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
y me seas de nuevo
sólo una palma antigua, replegada
sobre el gran Desierto.

Por otra parte, era la suya de esas almas que sienten la voluptuosidad de sus punzadores afanes y hallan en esa tortura una virtud y una razón de vivir. Ella podría, acaso por eso, suscribir en cierto modo y desde cierto punto de vista, aquellos versos de Giordano Bruno, el filósofo, poeta y mártir:

Eli bench'il fin bramato non consegna
e'n tanto studio l'alma si dilegna
basta che sia si nobilmente accesa.

Aunque no consiga el fin deseado y de tanto arder el alma se consuma, basta que sea tan noblemente encendida.

Pero, ¿por qué se asocia en mi mente el recuerdo de Giordano Bruno al de María Eugenia? No es, como pudiera parecer, una aproximación fortuita de dos nombres en esta hora de solemne recordación. Yo tengo una razón especial, personalísima, muy mía, para introducir en este discurso la sombra de aquel gran mártir de la libertad de pensamiento. Es un episodio que vive en mi memoria como una estrella inapagable. Séame permitido relatarlo aquí.

Daba yo en este mismo recinto una conferencia sobre Rodó. Entre la concurrencia, sentada en una de las primeras filas, en el extremo de una hilera de asientos, — me parece estarla viendo allí todavía,—se hallaba María Eugenia. A cierta altura de mi disertación, comentando las ideas de Rodó en su *Liberalismo y Jacobinismo*, traje a colación el gesto de Giordano Bruno, cuando momentos antes de cumplirse la bárbara sentencia, un fraile le acercó a los labios un crucifijo para que lo besara, y él dió vuelta el rostro con desdén, porque venía en el crucifijo, no la imagen del sublime Jesús, sino el símbolo de la alucinación de la iglesia que lo condenaba a la hoguera.

María Eugenia—la estoy viendo—se levantó en señal de desagrado y se retiró, altiva, del salón. Otras señoras, sobre todo en las galerías, se creyeron entonces obligadas a protestar también, retirándose. Su actitud fué propicia al menguado interés de mi conferencia, porque gran parte del público, reaccionando contra la muda protesta, estalló en calurosos aplausos de desagravio. Pero, allá—también me parece estarla viendo—en aquellas localidades altas del segundo plano, estaba mi madre, que había venido a escucharme con ansiedad y ternura, y tal vez, hasta ese instante, con alegría. Mi madre era católica ferviente. Quizás mis palabras, que no encerraban—lo aseguro con energía—agravio alguno para ningún sentimiento religioso sincero, le hubiesen pasado inadvertidas o las hubiese comprendido en su respetuoso alcance real. Pero el gesto de María Eugenia y el movimiento de retirada provocado por ésta, le hizo pensar, sin duda, que yo era un blasfemo y me vió despreciado por los corazones devotos como un delincuente sin perdón.

Y al día siguiente, cuando fuí a verla, mis hermanas me enteraron—porque ella nada me dijo ni yo pude decirle nada—de que se había pasado toda la noche desvelada y llorando. La acongojaba probablemente la visión de su hijo hereje, del cual se apartaban con horror las almas piadosas. Y acaso se creía un poco responsable, por ser mi madre, de las blasfemias abominables brotadas de mis labios.

No pude menos de sentir un sentimiento de rencor contra María Eugenia. Ella había provocado esa crisis creando la situación teatral que había sumido en la angustia el corazón de aquella santa mujer para quien su hijo fué tanto un amor entrañable como una preocupación dolorosa...

A los pocos días, María Eugenia trató de verme y fué con ese fin a una casa donde sabía habría de encontrarme.

—¿Está muy enojado?, me preguntó.

—Debiera estarlo, le respondí. Pero ya no lo estoy.

No supo que ella había sido la causa ocasional de uno de mis grandes sinsabores. Desde entonces, como si tuviese el presentimiento de haberme hecho daño, de haber agregado un poco de dolor al drama íntimo de mi vida, se me acercó espiritualmente, hizo más ceñida y bondadosa su amistad, que caldeaba con el fuego tranquilo y próximo de las confidencias literarias.

Adiviné, así, su amargura cuando se la relegó un poco al olvido, sobre todo ante la aparición gloriosa de un astro que acrecentó de golpe la luz del mundo, cerniéndose sobre nuestro espíritu con las alas vibrantes de un pájaro ebrio de azul y de sol. Era la irrupción alada de Juana de Ibarbourou, que nos traía una música ingenua e inmortal, hecha del rumor de los árboles, del alborozo de las aves, del murmullo de los arroyos, de la canción de los vientos, y nos inundaba el alma de un perfume de praderas en flor, de pasto verde, de campo fresco y de mañanas de primavera.

La indiferencia de que se creyó objeto, la desconcertó un instante y la hizo dudar del valor de su obra. Hoy ya no tienen importancia sus dudas y vacilaciones. Allí están sus versos. Sus dudas no alteran el ritmo firme de esas estrofas que por encima de ella, abatida por la muerte en mitad de la vida, siguen su vuelo seguro a través de las almas con esa su ardiente carga de afanes espirituales que se agitan como llamas al viento en la atmósfera de la inspiración creadora del poeta.

En esas estrofas vive la esencia inmortal, contradictoria y única de esa extraña mujer que al lado del culto pagano de la belleza encendía en su corazón la lámpara votiva de los fervores cristianos, y cuyo espíritu recordaba, por lo mismo, a una de esas epopeyas del Renacimiento en que la fantasía del poeta mezclaba los dioses gentiles del Olimpo con las figuras de la leyenda cristiana, haciendo alternar a Venus o Minerva con la Virgen María y a Apolo con Jesús.

Ya han hecho notar aquí los oradores que me precedieron, que hay en sus últimos tiempos un *leit-motif* wagneriano, una invocación predominante al silencio eterno, al sueño sin fin. Clama por su «hermana» la Noche y pide el regazo de la tierra para echarse en él a descansar para siempre. Ese sentido y ese afán de eternidad que puso en todos sus versos, se vuelve casi obsesionante en sus últimas composiciones.

Ya está en ese regazo. La «hermana Noche» le ha dado «la eternidad de su silencio», que ella le pedía con el canto más puro lanzado a los aires por su maravilloso «árbol nocturno», como ella llamó a su propia alma soñadora e insomne. Y ahora sólo nos queda inclinar con pesadumbre la frente porque ella pasa ya ante nosotros, tendida de espaldas, mirando al cielo, sobre el silencioso carro de la Noche, que está hecho de sombra, pero se desliza incesantemente por los caminos del espacio y del tiempo sobre las ruedas luminosas de las constelaciones.

Y de hoy más, al levantar nuestros ojos a la bóveda nocturna, nuestro pensamiento no podrá menos de volar a la poetisa muerta que pegó sus labios febriles a la ancha copa de la Noche para embriagarse de silencio y apurar hasta las heces el vino quimérico de las estrellas sonámbulas.

Entretanto, apretemos sobre nuestro corazón su recuerdo y que él nos sirva de amuleto en nuestras andanzas por la belleza y por el ideal.

EMILIO FRUGONI

(*Pegaso*, Montevideo. Junio de 1924).

Página lírica

de María Eugenia Vaz Ferreira



El regreso

He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro doler de carne viva
y la virginidad de las estatuas...
He de volver a ti, gloriosamente,
triste de orgullos nobles e infecundos
con la ofrenda vital inmaculada!

No sé cuando labraste el signo mío,
el crisol armonioso de tus gestas
donde estaba;
donde, la proporción de tus designios.
Tú me brotaste fantásticamente,
con la quietud de la serena sombra
y el trágico fulgor de las borrascas...

Tú me brotaste, caprichosamente,
alguna vez en que se confundieron
tus potencias en una sola ráfaga!...

Y no tengo camino.
Mis pasos van por la salvaje selva
en un perpetuo afán contradictorio.
La voluntad incierta se deshace
para tornasolar la fantasía
con luz y sombra, con silencio y canto...

El miraje interior dora sus prismas,
mientras que siente desgranarse afuera
con llanto musical los surtidores...
Siento crujir los extendidos brazos
que hacia el materno tronco se repliegan.

Temor, fatiga, solitaria angustia,
en un perpetuo afán contradictorio
mis pasos van por la salvaje selva...

¡Ah, si pudiera desatar un día
la unidad integral que me aprisiona!
Tirar los ojos con los astros, quietos,
de un lago azul en la nocturna onda;
tirar la boca muda entre los cálices
cuyo ferviente aroma sin destino,
disipa el viento en sus alas flotantes...

Darle el último adiós
al insondable enigma del deseo;
cerrar el pensamiento atormentado
y dejarlo dormir un largo sueño,
sin clave y sin temor de redenciones.

¡Alguna vez me llamarás de nuevo!...

Y he de volver a ti, tierra propicia,
con la ofrenda vital inmaculada,
en mi sayal mortuorio toda envuelta
como en una bandera libertaria...

Barcarola de un escéptico

Alma mía
que tornas al viejo lar,
con la red seca y vacía,
de las orillas del mar,
con la red seca y vacía,
que en la plenitud del día
no te atreviste a arrojar.

Yo he visto a los pescadores
pescando gloria y amores
que disiparon después,
unos llevan cosas muertas,
otros las llevan desiertas.
Lo mismo es.

Alma mía
que la red seca y vacía
no te atreviste a arrojar,
entre la arena y las olas
existen dos cosas solas:
morir o matar.

Alma mía
que traes la red vacía
de las orillas del mar.

Liberatoria

Acordeón de raudas voces,
que cerca del puerto suenas
tu canción hecha de adioses
sin alegrías ni penas.

De adioses de tierra y mar,
polvo y nube, luna y cielo,
en perpetuo ritornelo
de pasar, pasar, pasar...

Los eternos navegantes
dejan su ruta infinita
como los fieles amantes
tienen contigo una cita.

Y las manos marineras
te dan sus caricias vanas
entre rotas cantineras
y perfumados nirvanas.

Te cantan vagas canciones
con la mirada perdida,
por eso tienen tus sones
clamorear de despedidas.

Tienen cosas peregrinas
que se van entre las brumas,
gritos de albatros marinos
y evanescencia de espumas.

Acordeón de raudas voces,
tu corazón es de viento,
y tu musical acento
polifonía de adioses.

¡Oh! quién pudiera imitar
el alma tuya viajera,
quien pudiera
irse sin cesar...

Con sombra de duda

Pajaritos que vinisteis
a llamar en mi ventana
prisioneros en las celdas
volantes de las palabras.
Mensajeros melodiosos,
vuestros gorjeos exhalan
tristeza de tiempos idos
y de remotas distancias.
¡Ay, quién tornarse pudiera
una pastora de Arcadia!
¡Quién fuera una reina rubia
de las silvestres moradas!
Mis blancas manos podrían
acariciar vuestras alas,
y por si acaso trajisteis
hambre y sed de alguna dádiva
(cantares de tiempos idos
o de remotas distancias),
yo de mi tesoro mismo
sabrosa ofrenda os brindara,
con trigos de mis cabellos
y con agua de mis lágrimas...
Cantares de tiempos idos
y de remotas distancias,
pajaritos que vinisteis
a llamar en mi ventana...

Sólo tú

Mi corazón ha rimado
con el corazón del día,
en un palpitar flameante
que se convirtió en caricias.
Mi corazón ha rimado
con las rosas purpurinas,
y se cayeron los pétalos
de las corolas marchitas.
Con el vaivén de los mares
mi corazón hizo rima,
y se quebraron las olas
en espumas cristalinas.
Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra,
guardas la inmortal caricia.

Balada de las dulces perlas

En el crisol de tu boca
quisiera verter mis lágrimas,
Esas derretidas perlas
del hondo mar de mis ansias.
Sólo tú sabes ser bueno
y envolver con tus palabras
la inquietud de mis caprichos
y el vaivén de mi esperanza.
Aunque estés lejos, te siento
tan cerca, que no hay distancia
cuando en la noche profunda

se llora sin tener causa.
Y en el crisol de tu boca
quisiera verter mis lágrimas.
Yo sé que me las darías
en dulces dichas trocadas,
esas derretidas perlas
del hondo mar de mis ansias...

Hacia la noche

¡Oh noche, yo tendría
una palma futura, desplegada
sobre el gran Desierto!
si tú me das por una sola noche
tu corazón de terciopelo negro.
Y yo, al compás de su morena sangre,
canto con las ondas beatas el sacro silencio.

Mi canto será vivo
sólo por el deseo
de serenar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
sin el fulgor de luminosos astros,
sin marinos clamores,
y sin la voz que finge
en los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh, dulce noche mía!, ¡Oh, dulce noche!
aunque el glorioso pájaro del alba
rompa después mi lapidario ensueño,
y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
y me seas de nuevo,
sólo una palma antigua, replegada
sobre el gran Desierto.

Invocación

¡Oh, noche embriagadora,
hecha de soledad y de desesperanza,
que brindas en tu copa de azabache y de estrellas
sobre la tierra ardiente en quietud derramada!

Noche de las delicias mudas y negativas
de que gozan los muertos, vivos como fantasmas,
abrochando en la sombra su carnal vestidura
marchita de enflorar la fiesta meridiana.

Noche, noche infinita, rincón de los olvidos,
perdón de penitentes que nunca hicieron nada
más que cargar a solas el pesada madero
sobre la ligereza cautiva de sus alas...

Te espero día a día,
para esconder mis horas en la paz de tu lápida,
cuando las ondas vivas su vibración aquietan
bajo la fuerza ignota de atávicos nirvanas.

Y en invisibles soplos
del numen secular su inspiración levanta
del fondo de los tiempos para siempre extinguido
aunque la rueda cósmica traiga sus añoranzas.

Yo no sé lo que dice tu boca abierta y muda,
al que doró su tienda con oro de esperanza,
pero yo sé que sabes, con amorosa ciencia,
tenderte suavemente sobre el alma cansada.

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura;
la rúbrica del «Fin» está en tu oscura mancha,
aunque a besarte vengan en sus carros sonoros
con sus aureolas rubias las doncellas del alba.

Todavía los mundos
relucen en la bóveda de tu urna sagrada,
un viejo tesorero se ha dormido en los tiempos
y ha olvidadó en tu fondo sus últimas alhajas.

Dale a los benditos que todavía sueñan
tus áureas lentejuelas y tu hostia de plata,
y a mí, que te deseo inextinguible y única,
dame la eternidad de tu silencio,
¡oh Hermana!

La corona de Jesús

Página leída por María Eugenia Vaz Ferreira en el Instituto Verdi, con motivo de la Coronación de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús de la Iglesia de las Salesas.

No me he sentido nunca tan indigna de una cosa como de esta misión que se me ha confiado, ya que yo, imperfecta y deficiente como toda obra humana, debo mezclarme en ella al más sublime y venerable de los acontecimientos, repitiendo una vez más, lo que ya resonó por sí mismo en todos los ámbitos de la tierra, cuando la voz de Dios habló por los labios de su Hijo, enseñando a los hombres y a las cosas que éste era el Rey del Mundo.

Coronar a Jesús, no es, pues, una misión difícil, porque sea necesario enaltecerle, sino porque uno desearía que todo aquello que en cualquier forma le concerniera, fuera excelso y sin mácula.

Afortunadamente, al tratarse de Aquél, para cuya coronación no habrían manos suficientemente puras ni palabras bastante divinas, trátase asimismo de Aquél cuya misericordia infinita, da vida a la esperanza, aliento al buen deseo y a la osadía perdón.

Afortunadamente, la corona de Cristo, con ser la más augusta, no es símbolo de orgullo, sino de ternura y caridad; con ser la más triunfal, no es en Él atributo de soberbia, sino de tolerancia y beatitud; y luce en ella la más modesta gema.

Amasada con oro, con sudor y con sangre, con rosas y espinas, ella encarna todo el poema del sentimiento y de la mente; lleva en su oro sagrado, el fulgor que ilumina las tinieblas; en su sangre, mies de redenciones; en su sudor, riego de perseverancia; en sus espinas, dolor de sacrificio y en sus rosas perfumes, de pasión.

Ungida con los más altos dones, el roce de veinte siglos no ha podido deslustrarla; resplandece al través de las evoluciones, en la luz y en la sombra, en la vida y en la muerte, en las albas gloriosas y en la noche de los desamparados...

Porque lleva en su forma la eficacia de una armonía superior, porque sí una mancha la empaña, una gota de sangre justa la purifica; si un golpe la profana, un homenaje digno la ennoblece; porque siendo sólida e invariable en su bondad perfecta, es dúctil como el corazón humano; suave para el propio corazón humano, y bajo cualquier nombre, y bajo cualquier prisma, regirá original y eternamente a la conciencia universal.

Así es la corona de Jesús; así está sobre su frente; ofreciéndose a todas las cabezas; accesible para todas las manos; brillando para todas las pupilas, como una estrella inmortal de sabiduría y de esperanza.

Por eso, con la humildad de mis miserias, pero con la confianza de un grande amor, yo digo:—Jesús, Rey del mundo; Rey del cielo; Rey de los piélagos y los astros;—Jesús, Rey del Universo;—en pasado, en presente y en futuro; ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

(De *Pegaso*, Montevideo.
Junio de 1924).

La Liga de Escritores de América



La Liga de Escritores de América se funda:

para establecer el contacto entre todos los escritores del continente
para editar y difundir sus obras
para reunirlos en una coalición de combate
para transformarlos en lo que deben ser—en factores primordiales del progreso
para poner en el campo de las actividades humanas la fuerza del pensamiento de los hombres de América, del que sólo han brotado esporádicos chispazos.

Sacar a la luz del día las obras sepultadas en el silencio de los escritorios—difundir las ideas de los hombres que han estudiado los problemas sociales—propagar belleza por medio de la palabra—llevar a la conciencia colectiva la solución de los problemas humanos—enarbolar el libro como una bandera—es nuestro programa.

Fuerzas extrañas han extraído de la oscuridad del subsuelo del nuevo Continente el oro y el petróleo—nosotros haremos brotar de las concavidades del cerebro de las gentes de América la luz que ha de ir iluminando una por una las conciencias de los olvidados. EL LIBRO REALIZARÁ ESA OBRA.

Antecedentes de la Liga de Escritores de América

La mayor parte de los individuos que formamos parte del Comité Central Organizador de la Liga de Escritores de América, hemos intentado, en diversas ocasiones, llevar a cabo la unificación de los elementos intelectuales de las Repúblicas latinoamericanas. La primera tentativa importante se realizó en octubre de 1914, fundando una Confederación de carácter político, y esencialmente revolucionario, de la cual formaron parte, obreros, militares e intelectuales. Ella tenía por objeto proporcionar a los escritores, a los músicos y a los pintores la posibilidad de expresar ampliamente sus conocimientos. Los movimientos militares de la Revolución Constitucionalista impidieron consolidar esta primera tentativa, pero de ella nació un grande sentimiento de independencia entre muchos de los elementos jóvenes, que animados por un grande entusiasmo, se adhirieron a la Revolución iniciada en 1913, y se agruparon, a partir de febrero de 1915, en la Confederación Revolucionaria fundada en Veracruz. Algunos de entre ellos abandonaron las artes y las letras por la política, otros cultivaron ambas actividades, otros trabajaron en el periodismo, o haciendo libros o pintando [1]. En 1916 se intentó en la Ciudad de México la formación de un grupo de escritores y artistas que tenían como órgano el diario *Acción Mundial,* pero las vicisitudes políticas y las contingencias revolucionarias impidieron su consolidación, y no volvió a intentarse ningún movimiento en grande escala hasta 1921 en que se pretendió realizar un Congreso Nacional de escritores, tentativa que fracasó por falta de aliento.

La idea de agrupar a los Escritores de América seguía vibrando en la atmósfera, y en octubre de 1925 los señores Rubén M. Campos, Luis Castillo Ledón y Luis Rosado Vega expusieron delante de un grupo de amigos reunidos en el Museo Nacional de Arqueología, las posibilidades de llevar a cabo lo que en tantos años de lucha no había podido verificarse y lanzaron un llamamiento a los escritores mexicanos.

El 11 de noviembre siguiente, se reunieron en el mismo Museo Nacional, 17 escritores, y acordaron formar un Comité Organizador con facultades extraordinarias para que estableciese los puntos fundamentales de una Liga de intelectuales. El Comité acordó ampliar la iniciativa de los señores Campos, Castillo Ledón y Rosado Vega y redactó el manifiesto que publicamos en la página siguiente y que constituye el fundamento de nuestra organización.

1. Muchos de los elementos intelectuales que formaron parte de la Confederación Revolucionaria, que tanta importancia tuvo en el movimiento social 1913-1917, ocupan hoy puestos de significación. He aquí algunos nombres: Rafael Nieto, Publicista, ex-Secretario de Hacienda, y hoy Ministro de México en Italia; J. de J. Ibarra, periodista; Cienfuegos y Camus, Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones; General Juan Zertuche, R. Vera de Córdoba, Director de la Escuela de Pintura de Tlalpán y periodista; J. de D. Bojórquez, publicista; Ezequiel Salcedo, actual attaché obrero a la Legación de Berlín; Raziel Cabildo, publicista, profesor de la Historia del Arte en la Escuela de Bellas Artes; M. Becerra Acosta, periodista, Redactor de *Excelsior;* Luis Castillo Ledón, historiador, Director del Museo Nacional de Arqueología, y J. Clemente Orozco, pintor, autor de los frescos de la Escuela Preparatoria.

Los brevísimos datos anteriores llevarán a la conciencia de los adherentes a nuestro movimiento la convicción de que en México hemos trabajado desde hace largo tiempo por labrar un camino para la segura marcha de los pensadores y artistas que en las Repúblicas latino-americanas han caminado hasta hoy entre insuperables obstáculos.

Con la experiencia adquirida, y en una atmósfera propicia creada por las condiciones de este período posrevolucionario, el Comité Central Organizador está dispuesto, y está en posibilidad de llevar a cabo una obra que es de capital importancia para el desenvolvimiento integral de la vida de las Naciones del Nuevo Mundo: la expansión del pensamiento americano.

Proclama:

No tratamos de imponer una nueva escuela literaria
ni una nueva escuela filosófica
ni una nueva escuela científica, queremos crear una organización que permita la exposición del pensamiento de los Escritores de América, y que ese pensamiento circule entre todos los pueblos del Continente.
Es inútil perderse en entusiasmos estériles y lanzar a todos los vientos proclamas incendiarias, el entusiasmo será potente y fructífero cuando esté sostenido por una sólida organización intercontinental. Para establecerla, el Comité Central Organizador de la Liga de Escritores de América proclama:

1.°—El establecimiento de Comités en todas las Ciudades de América.

2.°—La reunión de un Congreso Intercontinental formado por los representantes de los Comités.

I

EL COMITÉ CENTRAL ORGANIZADOR DE LA LIGA DE ESCRITORES DE AMÉRICA, QUEDA ESTABLECIDO EN LA CIUDAD DE MÉXICO, CON DOMICILIO EN LA AVE. GUATEMALA, 47.

II

DE LOS COMITÉS NACIONALES.—Por iniciativa del Comité Central Organizador de la Ciudad de México, se establecerá en cada una de las Naciones del Continente, UN COMITÉ NACIONAL que tendrá como función fundamental agrupar a todos los escritores del propio país. Su título será: COMITÉ NACIONAL DE LA LIGA DE ESCRITORES DE AMÉRICA, con la denominación especial del país en que esté establecido. Por ejemplo: COMITÉ NACIO-

NAL DE LA LIGA DE ESCRITORES DE AMÉRICA.—CUBA. Estos Comités estarán en contacto con el Comité Central de la Liga de la Ciudad de México para la organización del Congreso.

III

DE LOS COMITÉS LOCALES.—El Comité Central Organizador de la Ciudad de México y los Comités Nacionales de cada país, establecerán COMITÉS LOCALES DE LA LIGA en cada una de las ciudades que crean conveniente. Estos Comités llevarán el nombre de COMITÉ LOCAL DE LA LIGA DE ESCRITORES DE AMÉRICA, con el agregado de la Ciudad y el País donde estén establecidos. Por ejemplo: COMITÉ LOCAL DE LA LIGA DE ESCRITORES DE AMÉRICA.—MENDOZA, ARGENTINA.

IV

DE LOS MIEMBROS.—Los individuos que pertenezcan a la Liga se denominarán: MIEMBROS DE LA LIGA DE ESCRITORES DE AMÉRICA.

V

DEL CONGRESO.—El Congreso se verificará el mes de setiembre de 1926 en la Ciudad de México, para deliberar sobre estos cuatro puntos:

a.—Establecimiento de las Bases para consolidar los intereses intelectuales y materiales de los Escritores de América.
b.—Creación de Sociedades Editoras para la publicación de las Obras de los Miembros de la Liga.
c.—Establecimienio de Librerías para la difusión de las Publicaciones de la Liga.
d.—Para realizar la abolición de los derechos del papel en los países en donde esos derechos impiden la edición de publicaciones a bajos precios.

EL COMITÉ CENTRAL ORGANIZADOR INVITA A TODOS LOS ESCRITORES DE AMÉRICA — PERIODISTAS, POETAS, FILÓSOFOS, HOMBRES DE CIENCIAS, PROSISTAS — A ESTABLECER LOS PRINCIPIOS DE ESTA PROCLAMA.

El Comité Central Organizador

Luis Castillo Ledón, Ing. Valentín Gama, Santiago R. de la Vega, José Gamboa, Prof. Isaac Ochoterena, Ing. Joaquín Gallo, J. Jesús Romero Flores, J. Jesús Zavala, Manuel Becerra Acosta, José Luis Velasco, Francisco González Guerrero, Manuel Toussaint, Lic. L. Sánchez Pontón, Prof. Alfonso Cornejo, José Ugarte, L. Rosado Vega, Catalina D'Erzel, Dolores Bolio, Dr. Atl. Presidente.

(De *América*, México. D. F.)

Dostoyevsky, F.: Los endemoniados (3 vols.)	4.50
Elliot, G.: Silas Marner	1.25
Erckmann, Chatriam: La invasión o El loco Yegof	1.25
El amigo Fritz	1.25
Historia de un quinto de 1813	1.25
Waterloo	1.25
Estébanez Calderón, S.: Novelas y cuentos	0.75
Fabre, Fernando: El abate Tigranes	1.25
Feuillet, O.: La novela de un joven pobre	0.75
Feydeau, E.: La condesa de Chalis	1.25
Flaubert, G.: La educación sentimental (dos vols.)	2.75
Madame Bovary (2 vols.)	2.50
Tres cuentos	0.75
Fogazzaro, A.: Daniel Cortis (2 vols.)	2.00
Foscolo, Hugo: Ultimas cartas de Jacobo Ortiz	0.75
Gaskell, Mrs.: María Barton (2 vols.)	1.50
Mi prima Filis	0.75
Garín, Nicolás: La primavera de la vida	0,75
Los estudiantes	0.75
Los colegiales	0.75
Lor ingenieros	1.25
Gautier, T.: La novela de una momia	1.25
Avatar	0.75
El capitán Fracasa (2 vols.)	3.25
Gobineau (Conde de): Novelas asiáticas (cinco vols.)	2.00
Goethe: Las cuitas de Werther	0.75
Gogol: Tarás Bulba	0.75
Nochebuena	0.50
Goldsmith, O.: El vicario de Wakefield	1.25
Gómez de Baquero, E.: El valor de amar	0.75
Goncourt, E. y J.: Renata Mauperin	1.25
Germinia Lacerteux	1.25
Goncharov, Ivan: Oblomov (2 vols.)	2.75
Gorki, M.: Varenka Olesova	0.75
Malva y otros cuentos	0.50
Guerrazzi, F. D.: Beatriz Cenci (2 vols)	3.25
Hartzenbusch, J. E.: Cuentos	1.25
Hauff, G.: Cuentos	0.75
Herczeg, F.: Jorge y Alejandro Gyurkovics	0.75
Las hermanas Gyurkovics	0.50
Los hermanos Gyurkovics	1.25
Hoffmann: Cuentos (9 vols.)	4.00
Hughes, T.: Tomás Brown en la escuela (dos vols.)	2.00
Hugo, V.: Bug-Jargal	1.25
Nuestra Señora de París (2 vols.)	2.75
Jokai, M.: La rosa amarilla	0.75
Keller, G.: Los hombres de Seldwyla (4 vols.)	3.50
Kobos, Tomás: Budapest (2 vols.)	1.50
Korolenko, V.: El día del juicio	0.75
Kuprin, A.: El dios implacable	0.75
Alma eslava	0.50
Hacia la gloria	0.50
El brazalete de rubíes	0.75
La Fayette, Mme.: La princesa de Cleves	1.25
Lamartine, A. de: Rafael	1.25
Graziella	0.75
Le Sage: Historia de Gil Blas de Santillana (3 vols.)	4.75
Lytton, Bulwer: Los últimos días de Pompeya	1.50
Maistre, J. de: El leproso de la ciudad de Aosta	0.50
La joven siberiana	0.50
Malheiro Días, C.: Pasión de María de Ceu	1,50
Maseras, A.: Ildaribal	1.25
Marimee, P.: Colomba	0.75
Carmen	0.50
Crónica del reinado de Carlos IX	1.50
Doble error	0.50
Murger, E.: El zueco rojo	1.25
Escenas de la vida bohemia (2 vols.)	2.00
Musset, A. de: Confesiones de un hijo del siglo	1.50
Cuentos (8 vols.)	3.50
Nerval, C. de: Noches de Octubre y Paseos y recuerdos	0.50
Silvia y La mano encalada	0.50
La noche de la Candelaria	0.50
Nodier, C.: Recuerdos de juventud	1.50
La Señorita de Marsan	0.75
El hada de las migajas	1.25
Lydia y Francisco Columna	0.50
Trilby o El duendecillo de Argail	0.50
Ortega Munilla, J.: Relaciones contemporáneas	0.75
D'Ors, Eugenio: La Bien Plantada	0.50
Prevost: Manon Lescaut	1.25
Queiroz, T. de: Cuentos	0.75
Quevedo, F. de: Historia de la vida del Buscón	0.75
Sainte, Beuve: Voluptuosidad (2 vols.)	2.00
Sand, J.: El marqués de Villemer	1.50
Los caballeros de Bois-Doré (2 vols.)	3.25
Indiana	1.50
Juan de la Roca	1.25
El doctor Herbeu	1.50
Sandeau, J.: La señorita de la Seigliere	1.25
Scott, W.: Rob Roy (2 vols.)	2.50
El pirata (2 vols.)	3.25
Sibiriak, M.: Los millones	1.25
Sienkiewicz, E.: En vano	1.25
Liliana	0.75
El señor secretario y otras narraciones	0.75
Sologu, Fedor: El trasgo	1.25
Sthendal: Rojo y Negro (2 vols.)	3.25
Stevenson, R. L.: Olalla	0.50
El extraño caso del Doctor Jekill y Mr. Hyde	0.50
Thakeray, W. M.: El viudo Lovel	1.25
Compañeros del hombre	1.25
Catalina	1.25
Tillier, C.: Mi tio Benjamín	1.25
Ugarte, Ml.: Cuentos de la Pampa	1.25
Vélez de Guevara, L.: El Diablo Cojuelo	0.50
Verga, G.: El marido de Elena	0.75
La vida en los campos	0.75
Los Malasangre	1.50
Vigny, A. de: Dafnis	0.75
Servidumbre y grandeza militar	1.25
Stello	1.25

Sátira

Quevedo, F. de: Los sueños (3 vols)	1.50
Swift, J.: Viajes de Gulliver	1.50

Viajes

Bergerac, Cyrano de: Historia cómica de los Estados o Imperios del Sol	0.75
Historia cómica o viaje a la Luna	0.75
Brosses, Presidente de: Viaje a Italia (3 vols)	4.00
Gautier, T.: Viaje por España (2 vols)	2.50
Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño	0.50
Heine, E.: Cuadros de viaje (7 vols)	4.00
Maistre, J. de: Viaje alrededor de mi cuarto	0.50
Expedición nocturna alrededor de mi cuarto	0.50
Sterne: Viaje sentimental	0.75
Taine, H.: Notas sobre Inglaterra	2.00
Notas sobre París	1.50
Torres de Villarroel, C. de: Viaje a Turquía (2 vols)	2.50

Biografías

Alfieri, V.: Su vida, escrita por él mismo (2 vols.)	2.50
Azeglio, M. de: Mis recuerdos (3 vols)	3.50
Chateaubriand: Vida de Rancé	1.25
Eckermann, J. P.: Conversaciones con Goethe (3 vols)	4.75
Goethe: Memorias de mi vida (3 vols)	4.00
Pellico, Silvio: Mis prisiones	1.25
Plutarco: Vidas paralelas (10 vols.)	11.50
Quintana, M. J.: Vidas de españoles célebres (5 vols.)	5.25
Rochefoucauld, La: Memorias	1.25
Rousseau: Las confesiones (2 vols.)	3.25
Sarmiento, D. F.: Facundo	1.50
Stael, Mme. de: Diez años de destierro	1.25
Stuart Mill, J.: Autobiografía	1.25
Torres de Villarroel: Vida (2 vols.)	1.50
Voltaire: Memorías	0.50

Historia

César: Comentarios a la Guerra de las Galias	1.25
Condorcet: Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano (2 vols.)	2.00
Dozy, R.: Historia de los musulmanes de España (4 vols.)	6.00
Montesquieu: Grandeza y decadencia de los romanos	1.25
Tácito: La Germania	0.50
Thierry: Relatos de los tiempos merovingios (2 vols.)	1.50
Voltaire: Historia del Imperio de Rusia bajo Pedro el Grande (2 vols.)	1.50

Señale los títulos que le gusten y pídalos al Administrador del "Repertorio Americano".

Con el pedido, el importe, bajo cubierta certificada o por giro postal. A vuelta de correo le mandaremos lo que nos indique.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica